

Carlos ESPINOSA

“La Iglesia y los medios de comunicación. Aportes del Primer Congreso de Comunicadores Católicos”

Área IV. Creatividad y memoria.

- a) Aporte histórico a temas clásicos:
- Comunicación y valores

Tipo de trabajo: Ponencia

Introducción

Me propongo recuperar la información del Primer Congreso de Comunicadores Católicos, organizado por la Comisión de Comunicación Social del Episcopado Argentino, presidida por Mons. Jorge Casaretto. No solo desde los documentos que la misma produjo, sino también por los aportes de algunos de los organizadores y por mi propia situación de participante y testigo del mismo. Lo hago con la convicción de que ese encuentro fue muy especial, no solo por la apertura que mostró la Iglesia Argentina para recibir críticas y sumar propuestas desde adentro y desde afuera, sino por el rol cumplido por el Cardenal Eduardo Francisco Pironio, quien catalizó con su presencia y sus palabras lo mejor de cada uno, sembrando de Fe y de Esperanza el camino recorrido. Experiencia que le viera concretar en otros momentos, pero que me quedó especialmente grabada por ser el último que yo presencié. Lo que nos hacía decir entre nosotros, “se percibe la santidad del Cardenal por sus obras”.

Escribo esta ponencia en sintonía con la palabra de nuestros Obispos, en sus orientaciones para la celebración del Bicentenario de nuestro país: “Alentamos a los líderes de las organizaciones de la sociedad a participar en «la reorientación y consiguiente rehabilitación ética de la política». Les pedimos que se esfuercen por ser nuevos dirigentes, más aptos, más sensibles al bien común, y capacitados para la renovación de nuestras instituciones. También queremos reconocer con gratitud a quienes luchan por vivir con fidelidad a sus principios. Y a los educadores, comunicadores sociales, profesionales, técnicos, científicos y académicos, que se esfuerzan por promover una concepción integral de la persona humana. A todos ellos, les pedimos que no bajen los brazos, que reafirmen su dignidad y su vocación de servicio constructivo. Uno de los mayores desafíos de nuestro tiempo es recuperar el valor de toda sana militancia.” (Conferencia Episcopal Argentina, 2008, Hacia un bicentenario en justicia y solidaridad (2010-2016), Buenos Aires, AICA)

Promediaba en la Argentina la década de los 90. La estabilidad alcanzada con la Ley de Convertibilidad (1991) empezaba a tener sus primeros sacudones. El efecto Tequila conmovía al país, a partir de la crisis económica de México que trasladaba sus consecuencias negativas a las economías de todo el mundo. Se aceleraban los procesos de privatización de los servicios públicos y la apertura de la economía, lo que traería aparejados, al final del período, los graves problemas de endeudamiento externo y desempleo. Los datos del INDEC señalaban que en el Gran Buenos Aires, después de una disminución importante de la pobreza en los primeros años, comenzaba a aumentar nuevamente para alcanzar un 26,7 % en

1999. El fenómeno de los que perdían su trabajo y no lograban reinsertarse en el mundo laboral, acrecentaban el fenómeno de la exclusión social.

Argentina había participado con el envío de tropas a la Guerra del Golfo. Y tal vez como consecuencia de ello, se habían producido en el país los atentados en la Embajada de Israel (17 de marzo de 1992) y en la AMIA (18 de julio de 1994), que nos hicieron sentir crudamente que “estábamos en el mundo”.

Todavía no habían ocurrido, pero se anticipaban, los atentados a las Torres Gemelas en Nueva York, a los trenes en Madrid y al Metro de Londres, entre tantos otros, que continúan y hoy se prolongan con las acciones de ISIS y otros grupos.

La muerte del soldado Carrasco había precipitado la eliminación del Servicio Militar Obligatorio.

Se había reformado la Constitución Nacional, a partir del llamado Pacto de Olivos, y el Presidente había sido reelegido por otros 4 años.

En 1993 había nacido la World Wide Web y en mayo de 1995 se vendían en Argentina las primeras conexiones comerciales a Internet. En poco tiempo, miles de usuarios argentinos navegaban por la red, que entonces ya reunía a 30 millones de personas. Un nuevo mundo se acercaba, mientras todavía se miraba con atención el fenómeno del zapping.

Beatriz Sarlo define así este momento: “Estamos en el fin de siglo y en la Argentina. Luces y sombras definen un paisaje conocido en Occidente, pero los contrastes se exageran, aquí, por dos razones: nuestra marginalidad respecto del “primer mundo” (en consecuencia, el carácter tributario de muchos procesos cuyos centros de iniciativa están en otra parte); y la encallecida indiferencia con que el Estado entrega al mercado la gestión cultural sin plantearse una política de contrapeso. Como otras naciones de América, la Argentina vive el clima de lo que se llama “posmodernidad” en el marco paradójico de una nación fracturada y empobrecida. Veinte horas de televisión diaria, por cincuenta canales, y una escuela desarmada, sin prestigio simbólico ni recursos materiales; paisajes urbanos trazados según el último design del mercado internacional y servicios urbanos en estado crítico. El mercado audiovisual distribuye sus baratijas y quienes pueden consumirlas se entregan a esta actividad como si fueran habitantes de los barrios ricos de Miami. Los más pobres sólo pueden conseguir fast-food televisivos... (Beatriz Sarlo, 1994, Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina, Octava edición, octubre de 1996, Buenos Aires, Ariel)

En este contexto y como fruto de los encuentros de responsables diocesanos de comunicación social realizados en 1994 y 1995, la Comisión de Comunicación Social del Episcopado tomó la decisión de convocar a un Congreso Nacional de Comunicadores Católicos en octubre de 1996, fijando la sede en Mar del Plata.

La conciencia de tener en la Iglesia una larga experiencia comunicacional que se venía realizando desde hacía mucho tiempo a través del trabajo de obispos, sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos, pero sin una verdadera comunión eclesial, llevó a concretar esta iniciativa con la idea de mejorar la comunicación interna y el diálogo con el mundo.

“El Primer Congreso de Comunicadores Católicos sobrepasó los cálculos más optimistas al reunir en Mar del Plata, del 3 al 6 de octubre de 1996, a unas 1700 personas interesadas en analizar la comunicación social con un sentido cristiano de la vida.” Jorge Rouillon, 1997, Un poco de historia, en Comisión de Comunicación Social, Conferencia Episcopal Argentina, (1997). La Iglesia y la comunicación ante el tercer milenio: Primer Congreso de Comunicadores Católicos, Buenos Aires, Ediciones Paulinas .

El Congreso

Desde las palabras de bienvenida del Obispo de Mar del Plata, Mons. José María Arancedo, se llamaba a convertir la convocatoria en un espacio de encuentro y de diálogo de comunicadores, dentro de la pastoral de la Iglesia argentina. “Tomando la rica imagen del “Areópago” (Hech 17,22), en cuanto centro y lugar de la cultura de un pueblo, el Santo Padre ha definido el mundo de la comunicación como “el primer ‘Areópago’ del tiempo moderno (...) que está unificando a la humanidad y transformándola –como suele decirse- en una aldea global” (RM37).” (Mons. Arancedo (1997), Palabras de bienvenida, en Comisión de Comunicación Social, Conferencia Episcopal Argentina, (1997). La Iglesia y la comunicación ante el tercer milenio: Primer Congreso de Comunicadores Católicos, Buenos Aires, Ediciones Paulinas.

Comenzaron así 4 días de disertaciones, paneles, ponencias, comunicaciones, reflexiones y sobre todo, intercambio muy rico de experiencias intra y extra eclesiales. Participaron representantes de las comisiones de todas las Diócesis del país, junto a periodistas de ámbitos diversos del mundo de la comunicación en la Argentina. En este caso, menciono como ejemplo a José Ignacio López, Miguel Clariá, Oscar Raúl Cardozo, José Pasquini Durán, Joaquín Morales Solá, Magdalena Ruiz Guiñazú, José María Poirier, Nelson Castro, Washington Uranga.

Momentos singulares de la experiencia fueron el Discurso de Mons. John Foley, Presidente del Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, leído por Mons. Enrique Planas, sobre la Iglesia y la comunicación en el contexto mundial actual; las comunicaciones de María Teresa Aubrach, Rosa Alayza (Perú), Paulo Calaquet (Chile) y Mons. Juan Luis Isern, Presidente del Departamento de Comunicación del CELAM; y especialmente, el encuentro del Cardenal Eduardo Pironio con los congresistas en la puerta de la Catedral de Mar del Plata, así como su exposición sobre los Desafíos de los comunicadores de la Iglesia ante el tercer milenio.

Este último fue uno de los temas generales del encuentro. También se desarrollaron: Cuando la comunicación en la Iglesia es una mediación cultural: claves a partir de experiencias significativas en nuestro país; y Cultura, sociedad, comunicación: crisis de mediación.

Hubo temas de interés común, algunos de los cuales se desarrollaron en paralelo. Allí pueden mencionarse: Pobreza y comunicación social; Proyectos de ley en materia de telecomunicación; La realidad cultural actual, ¿posmodernidad?; Nuevas cuestiones éticas; El diálogo de la Iglesia con el mundo contemporáneo; La comunicación en la pastoral y la pastoral de la comunicación; etc.

“Otro tema que estuvo presente en Mar del Plata fue el de la relación de la Iglesia con los medios masivos de comunicación social: diarios y revistas, radios, canales de televisión, a través de los cuales llega la información a todos los rincones del país. Una relación no siempre fluida generó un insuficiente aprovechamiento de los medios por parte de la Iglesia y un enfoque a veces politizado y arreligioso de cuanto a ella concierne por parte de los medios. Por eso la idea de un intento franco de encontrar caminos para mejorar la relación de la Iglesia con el mundo, privilegiando el diálogo como principal instrumento de comunicación, abre posibilidades de mutuo beneficio en el futuro; al igual que el propósito de defender y

ampliar la libertad de expresión como valor indispensable para la defensa de la dignidad de la persona, más allá de los inevitables riesgos que puedan afectarla. Sobre estas bases sería posible abrir una nueva etapa, una relación franca y abierta de la Iglesia con los medios, a partir de un conocimiento cada día mayor, de una mejor comprensión y fundamentalmente, de la falta de prejuicios, si tiene en cuenta que los temas directa o indirectamente vinculados con la fe interesan a la gran mayoría del país. La etapa que se vislumbra, a la luz de lo expuesto en el Congreso, debería caracterizarse porque ninguna verdad se oculte ni se disimule, pero también porque el énfasis no recaiga solamente en lo conflictivo o en lo trivial.” (Jorge Roullión, 14 de octubre de 1996, Diario La Nación. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/173313-la-iglesia-procura-afianzar-su-mensaje-a-traves-de-los-medios>)

Lía Zervino, una de las organizadoras, recuerda el Congreso como un hito en su vida y en particular en la Pastoral de la Comunicación: “fue extraordinario en número de participantes y en cuanto al clima de amistad social que allí se vivió, pudiendo compartir experiencias de diferentes tendencias y regiones del país, desde roles muy diferentes en el ámbito de la comunicación tanto nacional como intra-ecclesial”.

Laura Moreno, otra de las organizadoras, tiene la convicción de que la presencia y las palabras del Cardenal Eduardo Pironio sobre la vocación del comunicador como hombres y mujeres contemplativos en la vida ordinaria y en la realidad social y cultural, predispuso a que la experiencia fuera comunal y eclesial. “Es importante concebir la comunicación como una vocación porque solo así se vuelve exigente, gozosa y siempre nueva. En cierto sentido (al menos para los cristianos), la vocación es una forma de la función profética. Profecía que exige fidelidad y realismo, fortaleza y esperanza. (Eduardo Pironio, 1997, Desafío de los comunicadores de la Iglesia ante el tercer milenio, en Comisión de Comunicación Social, 1997, Ediciones Paulinas). Lía comparte esta visión: “A mi modo de ver una de las principales razones determinantes de esa experiencia tan positiva fue la presencia y las palabras del Cardenal Pironio. Él supo llegar con un estilo nuevo a los comunicadores, transmitiendo con su persona y su actuar un testimonio vivo de lo que expresó en esa oportunidad en torno a que “un comunicador debía ser al mismo tiempo alguien que supiera contemplar”.

Para Lía, el otro factor fundamental en la relación entre la Iglesia y los profesionales de los medios de comunicación fue el señero liderazgo de Mons. Casaretto que no sólo dejó huella por las líneas guías señaladas en dicho Congreso, sino que abrió el espacio necesario para la participación de los laicos, según el rol de cada uno en la comunicación.

También había sido importante el proceso de preparación en las diócesis y en la sociedad de aquel momento. Fue un ensayo de diálogo plural, crítico y a la vez constructivo.

Conclusiones del Encuentro

“Quisiera decirles que si este Congreso sirvió para que ustedes se consolidaran en su vocación, afirmaran su identidad de comunicadores, tomaran conciencia de que lo que hacen no es solamente un trabajo, sino una misión; entonces, todo el esfuerzo que demandó la organización y preparación de este

encuentro tuvo un enorme sentido.” (Jorge Casaretto, 1997, Conclusiones y propuestas, en Comisión de Comunicación Social, 1997, Ediciones Paulinas)

Con estas palabras, el Presidente de la Comisión Episcopal, iniciaba su alocución final. Y continuaba más adelante: “Muchos me preguntan qué va a pasar después del Congreso. Va a pasar lo que cada uno de ustedes quiera que pase. No se va a producir ninguna acción mágica, la Iglesia no cree en la magia. Cree en la oración, en el trabajo, en el esfuerzo”, señalaba Mons. Casaretto.

Dentro de la revisión de lo vivido, anuncia que en la misa de ese día, “no solo vamos a dar gracias por todas las bendiciones que hemos recibido de este Congreso, también vamos a pedir sinceramente a Dios perdón por tantos defectos que hemos analizado en estos días, por tantos prejuicios, por tanta desconfianza, por tan poca colaboración y por tan poca pastoral de conjunto.” (Jorge Casaretto, 1997, Conclusiones y propuestas, en Comisión de Comunicación Social, 1997, Ediciones Paulinas). Presenta con crudeza las percepciones que se fueron dando en todos los espacios de intercambio, y la actitud con que se recibieron y se van a afrontar esas realidades en el futuro. La propuesta es hacerlo evangélicamente desde la humildad de lo que somos y tenemos.

Plantea entonces varios desafíos que fueron surgiendo a lo largo de los días del Congreso. El desafío del diálogo fe-cultura, el de la espiritualidad, el de la comunicación personal a través de medios masivos, el de integrar a los excluidos y varios más, que finalmente desafían a la creatividad.

La relación de la Iglesia con la cultura contemporánea aparece, según las palabras del Obispo, como el problema más serio que apareció en el Congreso. Si bien los temas centrales giraban en torno a la relación de la Iglesia con el área de la comunicación, los comunicadores, los medios y las empresas periodísticas, la cultura de los tiempos posmodernos aparecía una y otra vez como un desafío. Que necesitaba del diálogo entre el evangelio que se expresa en nuestra fe y la cultura de este tiempo. Una y otra vez, los mensajes iban de un lado al otro, ante la imposibilidad de prescindir de esa reflexión.

El Cardenal Pironio destacaba que un aspecto esencial para la comunicación es la capacidad contemplativa y decía: “La contemplación también tiene una dimensión humana, o mejor aún, exige capacidad divina para entender la historia, leer los signos de los tiempos y comprender, exponer y explicar el misterio del hombre... Los mismo pasa con los pueblos y sus culturas. Esta capacidad de contemplación divina-humana supone mucha capacidad de escucha y observación, de reflexión y de estudio, de silencio y de oración. Para obtenerla hace falta un espíritu de humildad y pobreza, de desprendimiento y de austeridad, de amor a la verdad y de respeto al hombre.” (Eduardo Pironio, 1997, Desafío de los comunicadores de la Iglesia ante el tercer milenio, en Comisión de Comunicación Social, 1997, Ediciones Paulinas)

Lía Zervino señalaba entonces que en la Iglesia debe darse una clarísima mediación cultural, profundamente comunicativa.

“A lo largo de estos días, fueron surgiendo otros desafíos. Uno que apareció con fuerza fue el de crecer en la espiritualidad. El Cardenal Pironio habló largamente sobre esto. No podemos entregarles a los demás algo que no tenemos. Hemos de crecer en nuestra relación con el Señor; y a partir de allí dárselo a nuestros hermanos. Este crecimiento en espiritualidad debe estar acompañado por la formación teológica y profesional. Formación teológica, porque estamos llamados a transmitir nuestra fe de la mejor manera posible.” (Jorge Casaretto, 1997,

Conclusiones y propuestas, en Comisión de Comunicación Social, 1997, Ediciones Paulinas)

En tiempos del Congreso se había tomado mayor conciencia acerca del fuerte fenómeno de exclusión que se estaba dando. Gente que quedaba fuera del mundo laboral, pero que tampoco tenía nadie que reclamara por ella, que estaba marginada de la vida social.

“Al estar apoyada en los intereses económicos la posición que ocupa la comunicación en el mundo Occidental legitima el modelo de crecimiento dominante, modelo que aprovecha un quinto de la población mundial, modelo que hace que esa quinta parte disponga del 80 por ciento de los consumidores como así también de las inversiones internacionales. La igualdad que pretende generar es un mito. Lo que hace este sistema, en el fondo, es ahondar las desigualdades, la exclusión de la economía globalizada y de la comunicación de este 80 %. (María Teresa Aubrach, 1997, En un mundo globalizado, ¿es posible la comunicación solidaria?, en Comisión de Comunicación Social, 1997, Ediciones Paulinas)

¿Cómo dar voz a quienes no la tienen y no logran ser escuchados porque no tienen dinero ni peso social? ¿A quienes son los más pobres de los pobres?

Esta pregunta quedó resonando en las conclusiones del Congreso, buscando una respuesta que la Iglesia sentía que podía y debía dar.

Pero también creció la conciencia sobre la situación interna. “Hemos detectado que los problemas de comunicación no sólo se dan fuera de la Iglesia sino también dentro de ella, en el interior de las comunidades, entre sectores, en las regiones, en los países, entre las diversas áreas pastorales, etc. Es un tema que nos urge resolver.” (Jorge Casaretto, 1997, Conclusiones y propuestas, en Comisión de Comunicación Social, 1997, Ediciones Paulinas)

El post Congreso, hasta nuestros días

Un suceso imprevisto, provocó una verdadera conmoción en los medios de comunicación poco tiempo después de finalizado el Congreso. El asesinato del fotógrafo José Luis Cabezas (1997) sacudió a la Argentina y movilizó a la sociedad. A pesar de la intención de manipular la información y de maniobras para desviar la investigación, la presión social no cesaría hasta que se aclarara lo ocurrido y se castigara a los culpables. La frase que se repetía una y otra vez era “No se olviden de Cabezas”. La prensa y especialmente el periodismo independiente se presentaba como la única manera de vencer la corrupción estructural. Dieciocho años después, con todos los castigados nuevamente en libertad y numerosos ejemplos en contrario, las sombras de la impunidad se extienden sobre la democracia argentina, como un desafío que interpela a todos los sectores, pero sobre todo a la justicia. Por diferentes motivos, el rol de los medios de comunicación ocupa un lugar preponderante una vez más en la discusión política y social de nuestro país.

Por otro lado, en la vida de la Iglesia, ¿qué ocurrió con todo lo que se había movilizó durante el Congreso, todas las definiciones, los marcos teóricos que se presentaron y antes eran inexistentes, la apertura a la participación interna y externa, los desafíos explícitos e implícitos que allí surgieron? Es difícil saberlo, no todo lo que ocurre después de un acontecimiento de esa magnitud es visible o evaluable. Sin duda muchas iniciativas nacieron en esas jornadas, muchas ideas tomaron forma, muchas personas confirmaron su vocación. Lía Zervino se inclina a pensar que tuvo trascendencia, ya que fue seguido por otros congresos en su

género, otras publicaciones y sobre todo un tejido de relaciones entre comunicadores católicos que constituyó una de las más significativas riquezas de la Pastoral de la comunicación argentina.

“Numerosos trabajos de investigación, formación de comunicadores, encuentros y jornadas de capacitación de los mismos y, sobre todo, la posibilidad de acceso a medios de comunicación concretos, fue el arduo trabajo que, a lo largo de tantos años, encararon las distintas comisiones episcopales.” (Jorge Casaretto, Introducción de Hacia una Comunicación Solidaria, Comisión de Comunicación Social, 1999, Oficina del Libro de la Conferencia Episcopal Argentina)

Pero, como dice Laura Moreno, “no se puede esperar todo de un Congreso o un encuentro, lo fundamental son las acciones, los procesos, los proyectos, las líneas pastorales que surgen y se animan a lo largo de un tiempo. En mi caso personal sin duda trascendió más allá de su realización; aún hoy sigue siendo una referencia inicial para reflexionar sobre el tema de comunicación, como experiencia de comunión y misión.”

Mucho se ha caminado desde entonces, a veces con paso titubeante y otras con mayor decisión, pero es cierto que muchas expectativas no se han concretado. Una esperanza vuelve a crearse con las palabras del actual Presidente de la Comisión Episcopal de Comunicación Social, monseñor Santiago Olivera. “Quisiera ahondar y apostar a la cultura del encuentro, y creo que en nuestra comisión podemos hacerlo plasmando un lugar de respeto, de sinceridad, de verdad y de valoración por lo que hacemos... Los campos de acción son tanto ad intra como ad extra. La clave será, a nivel eclesial, consolidar a los delegados regionales y ayudar a que la comunicación cuente con agentes que se vayan formando. Fuera del ámbito estrictamente eclesial, me gustaría retomar con fuerza el festejo por el Día del Periodista, y sueño con recuperar los congresos de comunicadores y el premio San Gabriel.” (Santiago Olivera. 18 de noviembre de 2014, disponible en <http://www.aica.org/15127-mision-ad-intra-extra-en-la-comision-episcopal-de-medios.html>)

En diálogo con Laura Moreno y solo como un ejercicio especulativo que pueda generar otras ideas para plasmar un futuro Congreso de Comunicadores Católicos, surgen temáticas como: las redes sociales y su potencial evangelizador; el Continente digital como lugar de evangelización; la imprescindible necesidad de formación humana en el ecosistema digital; la construcción de conocimiento y comunicación; la capacidad de autocomunicación de las sociedades; las redes de indignación en el mundo; ¿un nuevo humanismo? (ante la omnipresencia de la tecnología en la vida de los seres humanos); la comunicación y el diálogo social: base para la construcción de una democracia madura; las políticas públicas de comunicación; el derecho a la comunicación, la libertad de expresión y la pluralidad de ideas; el poder, la información y la democracia; la comunicación y la violencia social. Laura señala que también en la relación “educación y comunicación” el campo es muy fecundo y desafiante.

Creo que sigue siendo válido y actual el mensaje final del Cardenal Eduardo Pironio: “Quiero terminar con un llamado especial a los cristianos laicos comunicadores. Es una hora providencial para ellos en la Iglesia y en la sociedad. Concretamente están llamados a ser, en esta hora <los protagonistas de la nueva evangelización>. Corresponde a los pastores abrir nuevos espacios de participación a los laicos y animarlos en su irreemplazable misión en el interior de la comunidad eclesial y en la construcción en la sociedad humana.” (Eduardo Pironio,

1997, Desafío de los comunicadores de la Iglesia ante el tercer milenio, en Comisión de Comunicación Social, 1997, Ediciones Paulinas)

Bibliografía

Beatriz Sarlo, 1994, Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina, Octava edición, octubre de 1996, Buenos Aires, Ariel.

Comisión de Comunicación Social, Conferencia Episcopal Argentina, 1997. La Iglesia y la comunicación ante el tercer milenio: Primer Congreso de Comunicadores Católicos, Buenos Aires, Ediciones Paulinas.

Comisión de Comunicación Social, Conferencia Episcopal Argentina, 1999, Hacia una comunicación solidaria, Buenos Aires, Oficina del Libro.

(Santiago Olivera. 18 de noviembre de 2014, disponible en <http://www.aica.org/15127-mision-ad-intra-extra-en-la-comision-episcopal-de-medios.html>)